

Genocidio Checheno en el 2000 después de Cristo

12/01/2000 - Autor: Umar Ribelles

En Annual, tras diez minutos de estupor, el ánimo de los soldados españoles en tierra extraña no soportó ver bajar a los moros de la montaña y se vieron corriendo los ciento treinta kilómetros que les separaban de Melilla. La crónica falta de munición de los moros llevó al degüello de más de 20.000 soldados. El susto debió ser grande porque otros 25.000 soldados de refresco que estaban dentro de Melilla, Franco y su legión entre ellos, juzgaron conveniente no salir para ayudar a los tres mil que quedaron cercados en Monte Arruit que, a tan solo treinta kilómetros, quedaron insepultos secándose al sol durante varios meses. Era 1921 y en adelante, al ejército español no le bastó toda la panoplia de armas modernas contra los solos fusiles y cuchillos del pueblo Rifeño, necesitaron pasar al uso de las prohibidísimas armas químicas que compraron a los alemanes. En lo sucesivo ya no pudieron hacer nada serio sin ellas, la necesidad es mala consejera. Los ejércitos invasores y los políticos que los mandan tienen que hacer a veces de tripas corazón. Hoy, 7/1/2000, el ejército rojo se retira derrotado de Grozni y los musulmanes tememos que ante tan vergonzosa derrota, no les baste a los rusos con las armas químicas y pasen al uso de armas atómicas tácticas contra el pueblo Checheno al que invaden. Batirse con armas iguales es patrimonio de caballeros.

La anterior derrota sufrida por el ejército rojo en Chechenia terminó con un tratado: en cinco años Chechenia accedería a la total independencia de Rusia. Pero a los peores administradores del mundo, ansiosos de tierras y gentes ajenas (hace mil años ni siquiera Moscú era Rusia), no les cuadra cumplir con sus compromisos. Afloran entonces a un salvador de la patria, Putín, al que con su curriculum en la KGB no le resulta difícil diseñar la mentira para justificar lo injustificable: vuela unos cuantos bloques de viviendas rusas, pone explosivos en otros bloques para que su KGB los encuentre antes de estallar, dice que son los chechenos quienes lo han hecho, se enardece el pueblo ruso a pesar de sus cincuenta millones de alcohólicos y planea, el siempre galán Putín, que para antes de las elecciones volverá victorioso y recibirá del buenazo de Yelsin la presidencia interina para estar bien posicionado en las elecciones de marzo. Tal es y peor aun la joven democracia rusa. Todos estábamos convencidos de que con la derrota de hace cuatro años los chechenos no volverían a sorprender al ejército ruso. Sin embargo no bastaron las expectativas ni el cuchillo de monte que Putín les llevó en Nochebuena a cada uno de sus soldados. No hay enemigo pequeño y a los soldados rusos, flojos en el cuerpo a cuerpo, les debe afectar en la moral y en el aspecto el tener a sus novias trabajando gozosas en los prostibulos del mundo entero.

La demografía jugó mala pasada a los chechenos. Simultáneamente, mientras Napoleón invadía España con medio millón de soldados y un rey, el abstemio de Pepe botella, el Zar de turno invadía con su ejército Chechenia. Los españoles sacamos a los franceses a gorrazos en cinco años llamados Guerra de la Independencia. El Zar de turno sigue manteniendo a su ejército en la guerra de

Chechenia desde entonces y tiene, además, la desfachatez de llamar despectivamente independentistas a los invadidos. Aunque el que la sigue la consigue y los romanos en lo mejor de su edad tardaron trescientos años en hacerse con España, a los rusos, su lamentable trayectoria vital y la basura atómica descontrolada que producen no les dará margen de tiempo en Chechenia: tardarán y no la conseguirán. Goya todavía nos asombra con el retazo pintado del heroico pueblo de Madrid fusilado en la Moncloa. Sus hermanos de Grozni se asoman esporádicamente por la televisión y los musulmanes que apostamos por ellos, nos quedamos anonadados en el confort de nuestras casas. Vemos hombres enteros, limpios, luminosos que luchan desde la serenidad. Son guerreros despiertos en la guerra de la independencia de su pueblo. Sentimos que en sus corazones late el recuerdo de Allâh: no les importa morir, no piden nada, no tenemos nada que ofrecerles. En sus e-mail escritos en impecable castellano nos enseñan que solo el DUA (petición directa a Dios) puede modificar el destino.

Parece como si, desde que en 1987 aterrizara aquella avioneta en la Plaza roja, a los rusos les faltara algo y van de mal en peor. Están nerviosos, se les ve despeinados, sucios y con hambre. Los que saben, saben que todavía no han tocado fondo. Del comunismo de veinte millones de funcionarios han vuelto a mirar a los benditos iconos que les enseñan los siempre siniestros popes. Mientras esperan a que los iconos hablen, su fantasma nacional, el canibalismo, va tomando forma inquietante en las noticias de los periódicos. Naturalmente, en esta situación, son incapaces de entender que Afganistán y los 10.000.000 de bombas antipersonales que dejaron para siempre allí, aniquilaron a la Unión Soviética e independizó y dio libertad a muchos pueblos encadenados. Mucho menos pueden entender que Chechenia es el tiro fatal que sale por la culata y que fulminará a la Federación Rusa dando la libertad a muchísimos pueblos de los que ni siquiera conocemos el nombre. “No sabe pueblo ayuno temer muerte/ armas quedan al pueblo despojado”, decía Quevedo antes de que le enterraran vivo en San Marcos.